

Descubrimientos estadounidenses de Cristóbal Colón*

Lilian Handlin
HARVARD UNIVERSITY

Los estadounidenses que forjaron la imagen de Colón la explotaron para sus propios fines. La figura mítica que se fabricó no tiene ninguna relación con Colón, quien no se hubiera reconocido a sí mismo en la mayoría de las páginas que se han escrito acerca de él, ni tampoco hubiera entendido las sutiles diferencias entre palabras como *descubrimiento* y *encuentro*.

Aquellas personas que dieron el nombre de Culumbus¹ a más de 60 lugares en Estados Unidos, lo hicieron así no obstante la confusión y controversias im-

perantes que permitieron a muchos labrar esa imagen de acuerdo con sus propias necesidades. Los populistas tenían sus propias ideas sobre la utilidad de Colón, y en última instancia tuvieron una mayor influencia que los académicos en la definición de las facciones de Colón. Aún hoy día, a pesar de Kirkpatrick Sales y de otros detractores de Colón, el marinero recibe votos favorables del público.

La vaguedad de las facciones de su rostro se puede atribuir a que nadie sabe con certeza cómo era Colón. Hacia el final del siglo XIX el problema fue abordado con seriedad en dos tomos que analizaron su representación en las bellas artes. Los resultados poco conclusivos que se obtuvieron animaron a los espiritistas de Nueva York a resol-

* Traducido por María Celia Ruiz de Chávez.

¹ En la geografía antigua era la región más septentrional del mundo, posiblemente Noruega, Islandia o Mainland, la más grande de las islas Shetland, frente a las costas de Escocia. [N. del T.]

HISTORIA
DE NUEVA-ESPAÑA,
ESCRITA POR SU ESCLARECIDO CONQUISTADOR
HERNAN CORTES,
AUMENTADA
CON OTROS DOCUMENTOS, Y NOTAS,
POR EL ILUSTRISIMO SEÑOR
DON FRANCISCO ANTONIO
LORENZANA,
ARZOBISPO DE MEXICO.

OPIBUS CLARA. RELIGIONE NOBILIOR.



En la Imprenta de Hogal.

Emmanuel villavicencio inv. et sc. M.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS
En México en la Imprenta del Superior Gobierno, del Br. D. Joseph Antonio de Hogal
en la Calle de Tiburcio. Año de 1770.

ver la cuestión invocando al espíritu de Leonardo da Vinci para que dibujara un retrato de Colón. Así lo hizo el atento Leonardo. Los espiritistas estaban satisfechos con los resultados, pero otros no, y continuó la controversia respecto a cómo era el rostro de Colón. Hoy día sus facciones se presentan con rasgos totalmente severos, que reflejan la pobreza de su impronta; generaciones anteriores lo presentaron de acuerdo con la idea de un gran personaje en cada época determinada; así, a través de los siglos Colón tuvo parecido con los senadores romanos, con los cristos italianos del siglo XV, con los nobles españoles del siglo XVII y posteriormente con los caballeros victorinos del siglo XIX.²

La apariencia de Colón no fue lo único controvertible de su epopeya. Los espiritistas de Nueva York fueron solamente uno de los tantos grupos que buscaron la certeza en una larga historia de misterios y encontraron lo que buscaban. Conforme se fueron modificando los motivos que animaban esas búsquedas, también se modificó la imagen de Colón.

Un cronista americano antiguo presentaba a Colón con la imagen de San Juan, el vidente de Patmos. Una generación posterior lo encontró seguro de sí mismo, con una voluntad férrea, osado y decidido, con apariencia de Aquiles, desprovisto de indecisión, misticismo y duda de sí mismo; esta imagen encontró cabida en el corazón de los

americanos de la mitad del siglo XIX. En una época más tardía, precisamente esas características ocasionaron que Colón fuera tachado de loco, mientras que otros lo llamaban maniaco genocida responsable de las atrocidades que resultaron de su llegada a Guanahaní. Estas atrocidades han sido el fundamento para que el Consejo Nacional de las Iglesias declarara 1992 año de oración y lamento, y animaran las actividades del Comité de 500 años de resistencia de Harold Pinter. Marlon Brando exigió que se quitara su nombre de los créditos de una película sobre Colón, porque el guión resulta injusto para los indios. El Colón de 1992 también simboliza colonialismo, imperialismo, falocentrismo y elitismo.

Éste se ha convertido en el arquetipo proponente del patriarcado y del ecocidio, un violador destructor de una cultura más amable, naturalmente amistosa, comunitaria, amante de la paz y sin Estado, una cruz entre un cazador de focas bebé y Adolf Eichman.³

La actitud detrás de estas acusaciones no es nueva. En el pasado, como hoy en día, han sido pocas las personas que alegan que a Colón verdaderamente le preocupaban los aspectos objetivos de su biografía. Todos fueron intérpretes, es decir, utilizaron su imaginación para rehacer los registros.

En general durante el periodo comprendido entre 1600 y 1750, Colón fue prácticamente ignorado. Así, en un extenso calendario universal publicado por Samuel Sterns, que apropiadamente se

² Butler, "Portrait", 1880-1882, p. 94. Para una interpretación muy diferente sobre la fortuna de Colón en la conciencia norteamericana, véase Bushman, *America*, 1922.

³ Sale, *Conquest*, 1991; "The Columbus", 1991; Weinraub, "Columbus", 1992.

iniciaba con la creación, mencionaba a Noé y al diluvio, a Sodoma y Gomorra y el advenimiento de Cristo, no se consideró adecuado mencionar a Colón entre las más influyentes figuras de la humanidad.⁴ Alrededor de la segunda mitad del siglo XVII la situación cambió dramáticamente. Colón se convirtió primeramente en un símbolo, y posteriormente en un icono, gozó de una excelente reputación hasta 1892, aunque los simpatizantes de otros descubridores de la época intentaron sin éxito destruir esa reputación. Fue en 1892 cuando un número de factores fomentaron una actitud diferente hacia Colón, aunque dentro de determinados círculos. El resultado fue un pequeño barullo académico cuyo efecto en el público general fue prácticamente nulo.

¿Por qué colón fue prácticamente invisible por más de un siglo?

Los prejuicios anticatólicos y antiespañoles, compartidos por los colonizadores norteamericanos del siglo XVII despreciaron las hazañas de Colón.⁵ Ni siquiera sus propios admiradores pudieron dejar de señalar que la empresa de las Indias era un proyecto español, y que Colón se había hecho a la mar al servicio de las fuerzas del oscurantismo, el pillaje y la prostituta de Babilonia. Se requirie-

ron otros trabajos posteriores para rescatar a Colón de esta *non sancta* alianza, y así liberar al descubrimiento del nuevo mundo de asociaciones poco valiosas. El abandono de Colón también se debió a que no obstante lo controvertido de su caída, ésta evidentemente no se dio en la porción norte del continente. A la llegada de los ingleses, el descubrimiento inicial ya era una vieja historia, y así se trataba a sus simpatizantes. Éste era ciertamente el sentimiento de quienes sostenían que la porción norte del continente debería llamarse Cabotia por Sebastián Cabot.

El carácter de las fuentes también explica la larga ausencia de Colón de la conciencia popular. Las traducciones inglesas de las fuentes españolas e italianas se enfocaron a fomentar la navegación y la conquista británica y a privar de legitimación a las demandas españolas sobre los territorios. No se mostraban interesadas en Colón. El mismo Las Casas, que aplaudía las hazañas de Colón, ingresó al mundo de habla inglesa por medio del trabajo de recopilación de la propaganda antiespañola de Richard Hakluyt. Las Casas también tuvo gran éxito entre los holandeses, que tradujeron algunas porciones de su trabajo en 1620 y lo convirtieron en un abogado de la independencia nacional y de la libertad religiosa. Así, Las Casas ingresó a la conciencia americana por conducto del puritanismo y la literatura sobre viajes del siglo XVI y de Samuel Purchas, quien en 1625 lo incluyó en su colección. Nada de ello fomentó una mayor atención a la figura de Colón.⁶

⁴ Stearns, *Universal*, 1783. Pasaron varias generaciones antes de que se precisara la forma en que debería escribirse su nombre; para una opción véase a John Adams. Los detalles eran tan confusos que John Smith lo vio desembarcar en América en 1488; véase Barbour, *Complete*, 1986, vol. II, p. 10.

⁵ Respecto al prejuicio antihispánico véanse Strout, *American*, 1963, pp. 28, 48, 82-83; "A Moor's", 1824, p. 12; Ralph, *Zeuma*, 1729; Jones, *Strange*, 1964, pp. 90-97; Levin, *Romantic*, 1959; Kettell, *Specimens*, vol. I, pp. xuv, 200; Williams, *Spanish*, 1957.

⁶ Las más importantes fuentes primarias se discuten en Wilford, *Mysterious*, 1991, pp.

Las primeras narraciones históricas también mostraron insignificancia respecto a Colón. Los cronistas angloamericanos del siglo XVII también lo ignoraron, ya que en su versión del descubrimiento de América lo mostraban como irrelevante. Los relatores del Señor consideraban que eran *ellos*, y no unos fanáticos católicos, quienes cumplían con el plan divino. Patrones intelectuales concebidos por analogías bíblicas también los animaron a ignorar anteriores incursiones en el nuevo mundo. El invadir el desierto no era una empresa española, lo que importaba eran las similitudes entre los puritanos y los hijos de Israel. Winthrop, a bordo del *Arabella*, apuntó paralelos con Moisés, no con Colón, así lo hicieron también Edward Johnson, Nathaniel Morton, William Bradford y otros.⁷

La ironía de que Dios hubiera elegido a un fanático, al servicio de los Reyes Católicos, para que descubriera un paraíso para protestantes perseguidos, no sería discutido sino hasta generaciones posteriores. El incierto significado del descubrimiento en el pensamiento angloamericano restó aún más importancia a Colón. No sería sino hasta que en las mentes de generaciones posteriores cristalizara el significado de ese hecho, cuando Colón recibiría reconocimiento.

Samuel Sewall, original escritor desde muchos puntos de vista, fue el pri-

mero en romper este patrón y en salvar el abismo que existía entre Colón y el continente norteamericano. Se encontró con el navegante al aplicar familiares estructuras intelectuales puritanas a los levantamientos de las postrimerías del siglo XVII. Al hacerlo por primera vez con el contexto angloamericano, otorgó a Colón el reconocimiento debido. Fue también ésta la primera vez que se interpretó a Colón a la luz de las necesidades de investigación contemporáneas, y ésta sería su suerte a partir de esa época.

Sewall se hundió en una antigua tradición del pensamiento occidental que vinculaba a Colón con el profeta Daniel y a 1492 con el milenio, vínculos que hacían retroceder cuando menos hasta Las Casas, si no es que a épocas más remotas. El instruido Sewall reunió a una serie de autoridades que apoyaron su lectura de Daniel: "y muchos correrán por doquier, y aumentará el conocimiento". John Elliot y John Cotton, Joseph Mede y William Twisse, entre muchos otros, ya habían hecho una interpretación de esa frase a la luz del descubrimiento de América. Sewall, posteriormente releyó las revelaciones de San Juan a la luz de la "lastimosa" década de Nueva Inglaterra. Esto originó intrincados problemas de tiempo que Sewall esperaba que Harvard desentrañara. Ante la negativa de esta Universidad, Sewall publicó dos folletos en los que detallaba sus cálculos proféticos. En el último, el nuevo mundo estaba destinado a convertirse en la sede de la metrópoli divina, una idea ya anticuada para la época. Lo que era nuevo, fue la presentación de Colón como un instrumento de la voluntad divina,

31-50. Sobre la obra de Las Casas, sus traducciones e influencia véase Friede, *Bartolome*, 1971.

⁷ Hubbard, *General*, 1848, pp. 8-9; Johnson, *Wonder*, pp. 21-22; Morton, *New England*, 1826, pp. 9-10; Cotton, *God's*, 1686, p. 19; White, *Planters*, 1630; Bercovitch, *American*, 1974; Lovejoy, *Religious*, 1985, pp. 16-18.

una figura de proporciones míticas, “el héroe magnánimo, un genovés resueltamente elegido por Dios como descubridor de estas tierras”. Al declarar esto, Sewall mostró un horizonte mental en crecimiento, que reflejaba sutiles cambios intelectuales que marcaron un punto de vista colonial emergente.⁸

Para 1700 ya se había hecho notar la coincidencia entre el descubrimiento del nuevo mundo y otros dos sucesos ocurridos en 1492 (la expulsión de los judíos y la caída de Granada). Sewall, quien continuaba examinando la vida con ayuda de categorías bíblicas y cuya conciencia estaba revestida por el sentido profético del tiempo, encontró mayores pruebas de esta tesis: la dispersión de los judíos y el descubrimiento fueron partes del mismo mecanismo, ingredientes de la realización profética. Para calmar sus propios temores —los resultados de los levantamientos políticos, las incertidumbres imperiales, la depredación india y las manifestaciones de brujería— Sewall interpretó los sucesos históricos en términos bíblicos e hizo de Colón el heraldo de un nuevo amanecer. De esta manera fusionó la historia sagrada y la profana, y se aseguró a sí mismo respecto del futuro. En el proceso, Sewall modificó apenas perceptiblemente los límites del conocimiento contemporáneo, lo que también haría en otras materias.

Sin embargo, este esfuerzo por ampliar los límites de la percepción y por restituir a Colón en la conciencia an-

gloamericana no tuvo apoyo. La influencia de Sewall era limitada e incluso no logró impresionar a su buen amigo Cotton Mather, quien no obstante que opinaba respecto de todo, tenía poco que decir de Colón, como sucedió con otro gran académico del papel milenarista de América, Jonathan Edwards. Mather y Edwards, así como algunos otros más de la vuelta del siglo, seguían casados con un punto de vista mundial que fomentaba la invisibilidad de Colón. El vínculo en el pensamiento milenarista era un callejón sin salida para su imagen.⁹

Después de 1750, la suerte de Colón en la conciencia angloamericana mejoró sustancialmente, cuando su historia se divorció de los intrincados problemas de Daniel y la revelación. Su suerte también mejoró cuando las necesidades sociales generaron la necesidad de una imagen que sirviera a una comunidad menos cohesiva, más secular y aventurada de su futuro. A partir de 1750 se hizo patente la necesidad de una figura de Colón heroica, cuando puntos de vista y criterios más amplios cambiaron el significado del descubrimiento en el pensamiento europeo, alcanzando esto, el descubrimiento mismo que quedaría demasiado atrás.

El hombre responsable del replanteamiento de los criterios respecto de Colón fue un escocés: el gran historiador William Robertson, quien planteó

⁸ Sewall, *Phaenomena*, 1697, pp. 8, 9, 26, 47; Tuveson, *Millentium*, 1972, pp. ix, 76-77; Davidson, *Logic*, 1977, 64-67; Sewall, *Diary*, 1973; Hall, *Worlds*, 1989, pp. 213-238.

⁹ Silverman, *Life*, 1984, pp. 83-137; Lawson, *Narrative*, 1692; Mather, *Midnight*, 1692 y *Magnalia*, 1977, pp. 118, 129; Cherry, *God's*, 1971, p. 59; Lovejoy, *Religious*, p. 206; Edwards, *Thoughts*, 1972, p. 358.



las líneas básicas de una narración que, con numerosas variaciones, es aún válida hoy día; inclusive la leyenda del deseo de Isabel de empeñar sus joyas para financiar el primer viaje. Pertenece a Robertson la historia del humilde joven de familia respetable aunque pobre que, con gran coraje y ambición, logró lo imposible. Robertson dio a luz una nueva imagen, la encarnación de un nuevo espíritu. Éste fue el espíritu de la curiosidad del renacimiento por la naturaleza, el espíritu de la fuerza de voluntad, del autocontrol, de la racionalidad. Este Colón —no es de sorprender— fue un éxito instantáneo entre la generación revolucionaria de América.

En la a menudo conmovedora prosa de Robertson, Colón aparece como un ideal Ilustrador, el iconoclasta, el geó-

grafo científico, un héroe adecuado para el panteón estadounidense. Desde un punto de vista más sutil, el nuevo Colón encarnaba el ideal de hombría de la Ilustración escocesa, una alta recomendación para aquellos estadounidenses que serían educados en la filosofía del sentido común. Éste era un Colón inspirado por el cielo, “con una sagacidad y fortaleza más que humana para alcanzar un designio más allá de las ideas y de la concepción de todas las épocas anteriores”. El navegante encarnaba el triunfo de la humanidad al superar sus propios defectos y a la historia. Conquistó para el conocimiento falso, a orgullosos intelectuales, a sofistas poco prácticos y a anticuados clérigos. Para una generación a punto de iniciar la construcción del orden de un nuevo

mundo, la creación de Robertson se convirtió en un arquetipo. "Todo lo que hasta ese momento se había considerado grande o espléndido, se desvaneció. Apareció una vastedad de nuevos objetos. El pensamiento humano [...] se enfrascó con ardor en su búsqueda". Esta fue la revolución que el Colón de Robertson forjó en la mente europea.¹⁰

A numerosos patriotas estadounidenses gustó este color y replantearon los sucesos de 1492 bajo un nuevo enfoque. La promesa hecha en 1492, decidieron, fue cumplida en 1776. El tratamiento dado a los empobrecidos marineros por los monarcas europeos se convirtió en un cuento sobre moralidad, similar a la historia de la fortuna de América a manos de la arrogante Gran Bretaña. El bajo origen de Colón se convirtió en un activo. El odio por el viejo mundo, una faceta de la ideología revolucionaria, también incrementó la importancia de Colón, convirtiéndolo en un símbolo de la satanización europea. El marco de referencias de Robertson dio a Colón una gran visibilidad.

¹⁰ Robertson, *History*, 1834, pp. 20, 23, 38, 55. Una reedición de Robertson apareció en Nueva York, en 1777, en 2 vols. El Colón de Robertson rápidamente se incorporó a la literatura histórica. Véanse Ramsay, *Universal*, 1819, vol. ix, pp. 220-225; Holmes, *American*, 1829, vol. i, pp. 1-25. Holmes, no obstante tener acceso a fuentes más elaboradas que las utilizadas por Robertson, como las publicadas por Navarrete, presentó una interpretación similar. Cooper, *History*, 1793; Gordon, *Rise*, 1801. Gordon se distinguió, ya que situó el inicio de la historia de América en la llegada de los peregrinos y no en el descubrimiento del continente. Belknap, *American*, 1798; Lendrum, *Concise*, 1795; Bancroft, *History*, 1834, vol. i; Prescott, *Conquest*, 1845.

Fue tanta la visibilidad que adquirió, que en los grandes desfiles, importante aspecto de la cultura cívica en el último cuarto del siglo xvii encabezando la procesión, antes de las balsas, de los representantes comerciales y de las figuras femeninas vestidas de Columbia o de señorita libertad, generalmente desfilaba una persona que representaba a Colón. En el sentimiento popular, sus raíces europeas desaparecieron; se había convertido en el primer americano.

Colón el revolucionario también se convirtió en un sustituto del Adán americano en el paraíso nuevamente, con un futuro brillante y presumiblemente sin Caída. A partir del siglo xvi, el esfuerzo por asimilar el descubrimiento del nuevo mundo hizo del descubrimiento de Colón una idea utópica, una construcción intelectual útil para la empresa americana, según era vista por ellos, sobre experimentos no probados. El paralelo era claro entre el desembarco de Colón en una playa aislada, dudoso de lo que les deparaba, y el igualmente incierto y trascendental comienzo de los colonos convertidos en ciudadanos. La rica imaginaria asociada con estas ideas procesó elementos clásicos y cristianos fusionados, y convirtió a Colón también en un símbolo de la segunda oportunidad y del carácter republicano. Al verse los estadounidenses bajo una nueva luz después de 1763, también rehicieron a Colón.

El proceso, en virtud del cual, la imagen de Colón se desarrolló en la Norteamérica del final del siglo xviii, se inició con el poema "América" de Alexander Martin, escrito en 1769 que

expresaba un nuevo espíritu al presentar el genio del nuevo Albión guiando a Colón a través del océano. Aquí Martín recurrió a las convenciones literarias inglesas, pero al hacerlo estableció un vínculo mítico entre Gran Bretaña, las colonias, Norteamérica y Colón, que carecía de bases históricas, pero que era necesario para hacer al marino anglosajón. Martín, de esta manera, en la biografía de Colón se deshizo de su pasado español e italiano. Figura política, escritor teatral amateur, tambiénazonó su poema con referencias de Job y Minerva en lugar de referencias de Cristo y Daniel, por lo que fue el primero en dar a Colón otra de las características de su imagen, su apariencia neoclásica. Otro poema de la época, en ocasiones atribuido a William Livingston titulado "Rusticus", dio lugar a otro convencionalismo al invocar al espíritu de Colón desde su tumba. A partir de aquí, y hasta Walt Whitman, el pobre espíritu tuvo poco descanso, resucitado periódicamente para pontificar sobre asuntos contemporáneos.¹¹

Se debe a Martín, "Rusticus" y Robertson, el que el revolucionario Colón se pareciera con frecuencia a los héroes griegos y romanos, con un barniz cristiano. Nadie lo vistió de toga; eso hubiera sido demasiado. Pero en espíritu, concepto y valores, Colón, como Eneas, reinó supremamente. A partir de 1776, las imágenes clásicas, la mitología y la historia, conformaron facetas estadounidenses, junto con elementos seculares y cristianos y una

parte del creciente vocabulario político americano, enriqueciendo al personaje de Colón. Por tanto, soportó la carga de la promesa cristiana y un pasado pagano, propio de un símbolo utilizable para una época necesitada de lo mejor de ambos mundos.

Ezra Stiles, Joel Barlow, Philip Freneau, Jeremiah Belknap y Timothy Dwight son algunos de los más prominentes escritores que convirtieron a Colón en un cristiano universal, encarnación de las virtudes cívicas romanas. Había sutiles diferencias entre sus colones, pero en general todos respondían positivamente a la cuestión planteada por Abbe Reynal: ¿fue el descubrimiento de América útil o destructivo para la humanidad? Cuatro ensayistas franceses respondieron negativamente. No es sorprendente que Barlow, Belknap y Freneau pensaran diferente. Ninguno estaba interesado en Colón, simplemente les era útil para otros fines. El navegante estaba en camino de convertirse en todo lo posible para cada persona. Para Ezra Stiles fue uno de los benefactores de la humanidad, ya que el descubrimiento facilitó la fundación de una sociedad inspirada en la *Oceana* de Harrington, donde la libertad y una adecuada distribución de la propiedad satisfacían las necesidades humanas. Como Sewall, Stiles hizo comparaciones con Daniel, en esta ocasión para universalizar los logros de la revolución. El Colón de Barlow y de Freneau en ocasiones se asemejaba al Fausto de Goethe; un alma torturada que apuntaba los horrores que resultaron de 1492. Ambos autores propusieron 1776 como la respuesta a ese horrible fracaso. Con más prudencia, Ti-

¹¹ Martín, *America*, 1769; Rusticus, *Liberty*, s/l., s/a., pp. 22-23; Silverman, *Cultural*, 1976, pp. 116-117, 579, 585.

mothy Dwight, sin estar completamente convencido del éxito total del experimento americano, protegió su postura. Todos consolaron ese sufriente fantasma al considerar las glorias del futuro de Estados Unidos.¹²

Freneau seleccionó un tema en especial que posteriormente intrigó a Emerson y a Whitman: Colón en su lecho de muerte al embarcarse en el último y más misterioso de sus viajes. Pero Freneau también perdió pronto de vista a Colón. Dwight, más pesimistamente, presentaba a un Colón con un futuro menos color de rosa que el descrito por sus compatriotas. La década de 1790 parecía defraudar las esperanzas revolucionarias iniciales; continuaban sin resolver los problemas del incremento de la moral de la humanidad, la virtud y la rectitud, y por tanto Dwight se mostraba más inclinado que otros a las lamentaciones.¹³

La aparente popularidad del navegante entre los literatos, no logró sin embargo, infiltrarse profundamente en la conciencia popular, en los desfiles, en todo tipo de ceremonias y en las pocas celebraciones de 1772. Freneau y Barlow añadieron largas notas de pie de página sumalizando el trabajo de Robertson, presumiendo correctamente

que sus lectores desconocían la biografía de Colón. También fue pequeño el avance del navegante en las artes gráficas, donde la imagen de América se tomó no de él, sino de una princesa india. La joven con frecuencia aparecía rodeada de emblemas de la libertad y de motivos clásicos, pero Colón continuaba estando manifiestamente ausente.

Cuando a esa princesa se la volvió a bautizar como Columbia, su suerte fue igualmente triste: El hermano Jonathan y el tío Sam, símbolos viriles del nuevo continente, tomaron su lugar. Cuando Estados Unidos seleccionó su iconografía, otros símbolos resultaron más evocativos que la empresa de Colón. Por lo menos tres generaciones, y enormes cambios, se dieron antes de que la Santa María adquiriera un lugar similar al del Mayflower.¹⁴

Algunos americanos se percataron de la injusticia cometida con Colón e hicieron sarcásticos comentarios respecto de las habilidosas relaciones públicas de Vespucio. Benjamín Rush recordó el comentario de Raynald, quien señaló que la injusticia cometida con Colón presagiaba que el nuevo mundo sería el teatro de depredaciones futuras. Sin embargo las innumerables controversias que surgieron en la época y posteriormente, no lograron reivindicar a Colón. Al convertirse los héroes y estadistas revolucionarios en los padres y madres fundadores, éstos también opacaron a Colón. En 1800 los ame-

¹² Stiles, *Elevated*, 1783, pp. 3, 13, 36, 56; Lewis, *American*, 1955; Belknap, *Discourse*, 1792; Tucker, *Clio's*, 1990; Barlow, *Vision*, 1787, p. 244; Todd, *Life*, 1886; Silverman, *Cultural*, 1976, pp. 520-524; Zunder, *Early*, 1934, pp. 203-231.

¹³ Freneau, *Poems*, 1907, vol. 1, pp. 47, 67, 83, 87, 91; Axelrad, *Phillip*, 1967, p. 405; Dwight, *America*, 1789; Davidson, *Logic*, 1977, pp. 249-251, 290; Dwight, *Columbia*, 1784 y *Conquest*, 1785; Silverman, *Cultural*, 1976, pp. 491-501.

¹⁴ Para la historia de estos festejos y su origen en el siglo XVIII véanse Douglas, *American*, 1937; Ketcham, *From*, 1974, pp. 178-179; Martin, *Scene*, 1798; DeLancey, "Columbian", 1893, pp. 1-17; Morgan, *Icon*, 1988; Fleming, "Symbols", 1968, pp. 1-22.

ricos estaban muy concentrados en el futuro como para haber otorgado a Colón un mejor lugar en su panteón. También continuaban siendo enteramente locales, y recurrían a su propio y no tan lejano pasado—a los padres peregrinos, a la *Phymouth rock* y a la Declaración de la Independencia—en los días de reunión.¹⁵

La mayoría de las publicaciones lo ignoraron. Las proclamas del Día de Gracias de ese año agradecían por todo excepto por el descubrimiento. Tampoco los brindis de las cenas distinguidas fueron diferentes. Se rumoraba que una controvertida estatua de Baltimore, colocada en honor de Colón, conmemoraba al caballo del donador. El *Concord Herald* reportó la ocasión solamente con una discusión referente a si algunas tribus indias descendían del abandonado galés Madoc. Otros periódicos se ocuparon de noticias europeas, de un betabel de 15 libras cultivado en Vermont, de los pies vendados de las mujeres chinas, pero nunca mencionaron a Colón. El 12 de octubre de 1492 fue escasamente celebrado en 1792, y solamente entre muy selectos grupos.¹⁶

¹⁵ Fleming, "Symbols", 1968; Chinard, *Correspondence*, 1979, p. 260; *Columbian*, 1892, p. 12; Rush, *Letters*, 1951, vol. 1, p. 539; "Our national", 1881, pp. 629-634; Zabriskie, "Why", 1943, pp. 79-86.

¹⁶ Dickey, *Christopher*, 1892, pp. 73-78; *American Apollo*, octubre 26, 1792, informa sobre la celebración Tammany en Nueva York; véanse también Osborne, *New Hampshire Spy*, 27 octubre, 1792; *Essex Journal and New Hampshire Packet*, 3, 17, 24 y 31 de octubre, 7 noviembre 1792; *Philadelphia National Gazette*, 6, 13, 17, y 24 octubre 1792; Porter, "Ship", 1892; el *Concord Herald*, 25 de octubre de 1792, llamó al continente Columbia, para distinguirlo de Europa. Era tal la confusión que el historiador Herbert Baxter Adams, en 1892, se vio forzado a sugerir que la historia del caballo era un error, y que la proba-

No hubo muchos cambios hasta que Washington Irving, animado por Alexander Everett, se ocupó de Navarrete. Éste, comisionado por el gobierno español para peinar los archivos locales en busca de información no publicada de Colón, por primera vez desde el siglo XVI encontró nueva información en abundancia. Sin embargo, en lugar de traducir áridos y aburridos documentos, como había propuesto Everett, Irving produjo una biografía, de inmediata aceptación entre los críticos y lectores, que alcanzó un enorme éxito económico. La biografía de Irving fue la primera biografía completa escrita en cualquier idioma, y una obra maestra de la narrativa. Logró para Colón lo que Robertson había alcanzado anteriormente, y lo liberó de los grilletes de generaciones previas. Los errores reales, los mitos y las leyendas que Irving bordó o que generó, tenían menor importancia que la imagen de Colón, que se convirtió en la imagen dominante del marino hasta el final del siglo. Aunque hubo una legión de detractores, ninguno logró derribar el edificio construido por Irving.¹⁷

El nuevo Colón continuaba siendo el primitivo revolucionario Adán, además de un héroe clásico, pero envuelto en un halo romántico, un producto del siglo de Irving, como el Colón de Ro-

bilidad de que un caballo llamado Cristóbal Colón muriera el 12 de octubre de 1792, en el tricentenario del descubrimiento, y que se le construyera un monumento, era muy poco probable. Adams, "Columbus", 1892, p. 31.

¹⁷ McFarland, *Séjourners*, 1979, p. 323; Hedges, *Irving*, 1965, pp. 237-239; Everett, "Irving's", 1829, pp. 102-104; Gilpin, "Voyages", 1831, 163-186; Aderman, *Critical*, 1990.

bertson lo fue del suyo. El libro de Irving fue en realidad una novela, y su héroe un marinero del siglo XV con un alma de Werther del siglo XIX. Como tal, el Colón de Irving se colocó entre la generación de Barlow y *Moby Dick*, ya que este Colón tenía más cosas en común con Ahab que con el renacimiento. El viaje de descubrimiento, en alguna época una adecuada oportunidad para una epopéyica celebración de América, se convirtió en cambio en el arquetipo de una tragedia americana. El Colón de Irving fue un hombre obsesionado por una misión y una ilusión, para quien 1492 representó su más grande triunfo pero también su mayor fracaso. La vida de Colón fue la búsqueda de lo inalcanzable, que finalmente, según la interpretación de los hechos de Irving, lo llevó a la locura. Fue un hombre de juramentos y penitencia que ayunó en vestimenta monacal y, como obsequio de la brillante imaginación de Irving, arribó a una nueva tierra encantada donde la naturaleza inventó la prueba de la inocencia.¹⁸

Para los americanos, fascinados por Walter Scott y un pasado medieval afortunadamente intrascendente, el Colón de Irving, resultó inmensamente absorbente. El libro constituyó un bienvenido alivio para los educados con la rigidez de una orientación futura. El místico de mentalidad medieval, cuyas travesías liberarían a Jerusalén, resultó más atractivo que Colón, el primero de los modernos. La combinación de convencionalismos literarios e históricos dio por resultado una rica narrativa,

centrada en la cruzada de Colón, una expiación por la destrucción del segundo Edén.

Fundándose en Las Casas, Irving criticó el colonialismo español y alimentó los ya difundidos prejuicios americanos. También alejó a Colón de lo que habría de seguir, ya que lo que siguió calificó al descubrimiento como una invasión, la aparición de la serpiente en el paraíso.

El sueño de la libertad natural, de la ignorancia feliz, de la vagabunda holgazanería, permanecía intacto. Pero se había concedido la autorización, el hombre blanco había entrado en la tierra: avaricia, orgullo y ambición, un sujeto tutelado y un trabajo sórdido pronto aparecieron. El indolente paraíso de los indios desaparecería para siempre.¹⁹

Irving no fue el creador de estos conceptos, simplemente se inspiró en los resultados del inmenso debate que en el siglo XVIII se dio en ambos lados del Atlántico respecto del significado de América. Sin embargo su impacto perduró durante la siguiente mitad del siglo. El Colón de Irving se convirtió en el sujeto de poemas, artículos, sermones, simplificaciones, versiones de niños, obras teatrales e historias. Ayudó a alimentar otro debate respecto del nombre del continente, en el que Alleghenia, la república de Washington, Fredonia, Yankeedom, Saxenedom y Columbia compitieron por el primer lugar. Una vez más, Colón fue el perdedor, lo que no sorprendió al público

¹⁸ Hedges, *Irving*, 1965, pp. 239-250.

¹⁹ Irving, *Life*, 1848-1849, vol. I, pp. 148-153, 283, 387; vol. III, pp. 171-172, 178, 195-197.

co de Irving. Lydia Sigourney fue una de los varios poetas que pusieron en verso al personaje de Irving, describiendo una vida de oportunidades perdidas una tras otra. En los años intermedios varios americanos utilizaron a Colón en provecho propio, mientras que quienes abogaban por otros descubridores alternativos trabajaban en pro de sus héroes.²⁰ En la conciencia popular, sin embargo, la creación de Irving reinaba con supremacía.

Todo esto cambió en 1892, cuando Estados Unidos conmemoró el cuatrocientos aniversario de la travesía con una gigantesca celebración centrada en el marino. La ocasión generó numerosas actividades que ejemplificaban la variedad de tareas que hizo la flexible persona de Colón. Muchos grupos distintos explotaron al navegante; quienes tuvieron mayor éxito fueron los italoamericanos, que lo consideraban como propio. Ellos lo rescataron de las garras españolas de una vez por todas. Los irlandeses americanos, casados con su catolicismo, se deleitaban con tener un héroe no puritano, que además había llegado primero. En algunos círculos la Santa María se hizo tan famosa como el Mayflower. La hasta enton-

ces uniforme persona de Colón se desintegró en numerosas piezas, en parte un reflejo de la diversidad étnica de la nación. A partir de 1892 hubo una gran celebración del pluralismo americano. un Colón de facetas múltiples fue aceptado por todos.

El Museo Metropolitano de Nueva York encargó una pintura del momento en que Colón y la corona estaban por firmar el contrato, después de que la reina empeñara sus joyas. La pintura era un síntoma del renovado interés por Isabel. Ese año, condados, pueblos y organizaciones recibieron el nombre de la mujer a quien se le atribuye el haber apoyado el esfuerzo de Colón. Aunque Herbert Baxter Adams sostuvo que “no fueron las joyas sino los judíos la base real de financiamiento a la primera expedición”, pocos lo escucharon. Isabel, el santo patrón de Colón, por mucho tiempo un subcono de la saga de 1492, hizo valer sus méritos. Un profesor de Útica la describió bella y graciosa, políticamente astuta e inteligente, pero también amorosa esposa y madre, una personificación de la mujer americana ideal. Otros oradores apuntaron que la lealtad femenina, la compasión y una inflexible fuerza de voluntad facilitaron el descubrimiento de nuevo mundo.

Los círculos femeninos con inclinaciones políticas se aferraban a la inteligencia de Isabel, mientras que las importantes damas de sociedad —administradoras del Pabellón de Mujeres en la Exposición de Chicago— sugerían que, independientemente de su magnitud, Colón “requirió de la ayuda de Isabel para transformar sus sueños en realidad”. Chauncey M. Depew, con-

²⁰ Sigourney, *Poems*, 1834, pp. 71-72. El gran debate de mitad del siglo, respecto del nombre, puede encontrarse en Barnes, *Hoffman*, 1930, pp. 160-165; *New York Evening Gazette*, 11 abril 1845; *New York Evening Post*, 1 mayo 1845; *Proceedings of the New York Historical Society*, 1845, pp. 115-124; Zabriskie, “Why”, 1943, pp. 79-86. Entre los más destacados detractores de Colón en el siglo pasado están Goodrich, *History*, 1874; Wilson, *New*, 1859; Vining, *Ingoltrius*, 1881.



forme con esta postura, encuentra las raíces de la avanzada situación de las mujeres americanas directamente en la “generosa previsión” de Isabel. Los logros de Colón, señala, les permitieron decirles a los hombres: “America me la debes a mí”. Los niños que participaron en uno de los gigantescos desfiles de Nueva York, llevaban banderas con el retrato de Isabel. Los grupos que se basaban en Isabel hicieron de Colón una figura secundaria, la herramienta de una mujer que hizo valer sus méritos.²¹

²¹ Sobre la reina Isabel, Darling, *Queen*, 1892; Ponce de León, *Gallery*, 1893; Curtis, *Portraits*, 1893; “America extends”, 1892, pp. 462-464; Champlin, *Orations*, 1910, vol. VII, pp. 283-292; Adams, “Columbus”, 1892, p. 22. La fábula de las joyas es muy vieja, y su origen muy proba-

blemente esté en fuentes españolas; John Smith estaba obsesionado con esto y lo menciona en varias ocasiones. Véase Barbour, *Complete*, 1986, vol. I, p. 125.

blemente esté en fuentes españolas; John Smith estaba obsesionado con esto y lo menciona en varias ocasiones. Véase Barbour, *Complete*, 1986, vol. I, p. 125.

derado como una desventaja potencial. En manos de los caballeros de Colón, Colón fue el primer caballero americano; su tripulación, "esa banda de valientes"; el desembarco en Guanahaní y su ritual católico, los precursores de Estados Unidos. "La grandeza sin par de nuestra estructura civil de hoy es una respuesta manifiesta a las plegarias levantadas hace 44 años." Ello no se aleja del tono de Barlow y Freneau, quienes también presentan a Colón orando por un cielo de libertad civil, democracia y republicanismo. Lo que ahora era nuevo, era Colón como icono de identidad étnica y la Santa María como un símbolo de legitimidad católica.²²

Muchos de los judíos americanos reformistas no estaban de acuerdo. Algunos resaltaban los supuestos orígenes judíos de Colón, pero para la mayoría la religión del navegante era algo secundario. Lo más importante era el propio Colón, la personificación de un americanismo total, que amparaba a otros parecidos a él. Luis de Torres, perdonada su conversión, fue el primer judío que caminó por el nuevo mundo. Un rabino del templo Emmanuel decía que desde 1492 los judíos podían dejar de anhelar el regreso a Palestina, y que ya no era necesaria la reconstrucción de Jerusalén. Su tierra prometida era América. Su similar en el templo Ahavat Chessed sugirió que Colón se encontraba en una misión que tenía por objeto encontrar un cielo para correligionarios perseguidos. Los judíos con mayor inclinación hacia el maso-

²² Dickey, *Christopher*, 1892, p. 58; Kauffman, *Faith*, 1892.

quisimo repetían la opinión de Adams, quien decía que la primera travesía había sido financiada con las propiedades confiscadas a los judíos. Se decía que los italianos le habían dado vida. Los españoles apoyaron su viaje. Los anglosajones llevaron a cabo su misión. Y los judíos, en opinión de algunos cínicos, lo pagaron.²³

Un compositor contemporáneo resumió el espíritu del momento en el coro "El triunfo de Colón", cantado en Carnegie Hall. "Esta es una noche americana, una semana americana, un mes americano, un año americano." El mosaico que conformaba a la sociedad estadounidense a la vuelta del siglo necesitaba de un Colón que se había convertido en étnico.²⁴

Pero un Colón no se había convertido en étnico durante ese año, el Colón de los académicos. La historiografía estadounidense en 1892 se había revelado en contra de los Bancrofts, Prescotts e Irvings. Unas cuantas almas bravas habían explotado la oportunidad de rehacer a Colón de conformidad con nuevas reglas escolares, liberando a la persona de los capullos de los mitos. Otros, impresionados por la mayúscula adulación, decidieron dar al público lector la total verdad, no deseosos de separar a Colón de lo que consideraban la mayor atrocidad que el mundo ha atestiguado. La extensión de esa atrocidad, no obstante lo controvertible de los personajes, es conocida des-

²³ Adams, "Columbus", 1892, p. 22; "New York's", 1892, pp. 322-328, 335; "The first", 1892, p. 45.

²⁴ Dickey, *Christopher*, 1892, pp. 107-108, 198, 204-205.

de 1600; sin embargo, los anteriores angloamericanos lograron separar a Colón de lo que aconteció.

Edward Everett Hall, autor y eclesiástico, provocó un debate al saludar a la América de 1492 como una página en blanco, y a Colón como alguien que:

Dejó sangre e infortunio y tiranía atrás,
navegando tranquilo al oeste, a encontrar
esa tierra recién nacida
para desplegar a la humanidad la página
sin mancha
en la cual Dios escribiría nuevamente la
historia del mundo.

Hale hablaba de la página en blanco que América ofrecía a la humanidad, cortesía de Colón; una oportunidad de poner en práctica la lección de Cristo sobre la democracia. Reimprimió el poema, "Dame papel blanco", siempre que aparecían sus artículos y discursos, un magistral ejemplo de reciclamiento intelectual.²⁵

Charles Francis Adams leyó uno de los discursos de Hale y sufrió un síncope. Cuando se levantó para dirigirse a la Sociedad Histórica de Massachusetts, en 1892 descargó su furia y se rehusó a considerar a Colón como uno de los benefactores de la humanidad. Lo que una generación anterior había aclamado como fortaleza, coraje y audacia, para Adams fue "una necesidad que no habló favorablemente de él". Respecto a Irving, Adams dijo "que la vena de la trivial moralización que discurre por el libro, dificulta que el lector de hoy en día lo pueda considerar seriamente". Cuando

el narrador señala que "la inteligencia individual y la conciencia independiente encontró en el nuevo mundo un cielo y un refugio. Eran pasajeros de las carabelas de Colón, y él inconscientemente se dirigía al puerto de la libertad civil y religiosa", todo lo que al respecto se podía decir eran disparates.

Adams estudió la lista de pasajeros de los tres barcos, y no encontró nada de lo anterior.

Nunca, en toda la historia de la piratería, una banda de rufianes de negro semblante apiñados sobre un costado del barco se había permitido tales atrocidades, actos de saqueo, asesinato y crueldad generalizados como los de esa impresionante banda que ostentaba la cruz sobre sus pechos, potencialmente expedidos de la Santa María con Colón a la cabeza el 12 de octubre de 1492. Saquearon dos continentes.

La idea de Colón compensando providencialmente a los católicos por la deserción protestante, significó según Adams que Dios sancionaba la intolerancia religiosa y la opresión política. Estados Unidos, concluyó, modificó exitosamente todo lo que Colón representaba, y fue su misión extirpar el legado de Colón.²⁶

Adams no fue el único que en 1892 insistió que 1492 fue uno de los años de mayor infortunio para la humanidad. En por lo menos un simposio, los negros y los indios analizaron el descubrimiento desde sus particulares puntos de vista y encontraron que dejaba

²⁵ Hale, "Results", 1892-1893, pp. 190-212, y "Symposium", 1892.

²⁶ Ch. F. Adams, "Spanish", 1892, pp. 26, 27, 30, 33, 37, 40.

mucho que desear. Pero la corona de los iconoclastas perteneció al amigo de Adams, Justin Winsor, cuya brillante biografía pretendía privarlo de su carácter mitológico, y logró una respuesta vituperante. El Colón de Winsor no fue precisamente el maniaco genocida de las últimas épocas, aunque llegó cerca. El impacto de Winsor en la conciencia pública, no es de sorprender, fue nulo.

Los esfuerzos franceses por hacer de Colón un santo católico, y la adulación de América a un hombre que consideraba indigno de ese honor, encendió la ira de Winsor. Éste aceptó que toda nación necesita de héroes pero su Colón era un manipulador interesado y egoísta, únicamente interesado en hacer de las Indias una inversión productiva, no era lo que Estados Unidos debería conmemorar.

El Colón de Winsor fracasó en todos sentidos; mentiroso e hipócrita, juró en vano el nombre del señor para cometer terribles actos de crueldad.

Ningún menor de cualquier edad jamás hizo menos por mejorar a sus contemporáneos, e incluso pocos hicieron más para encontrar el camino para ese mejoramiento. No existe en la historia de la humanidad un ejemplo más evidente de un hombre que encuentra el camino y lo pierde.

“Las minas que Colón fue a buscar fueron difíciles de encontrar, la gente que fue a salvar en Cristo fue fácil de exterminar.” Envió de regreso a casa “embarcaciones cargadas con el hedor de la carne”, como correspondía a un rascador avaro y hambriento de po-

der en el mercado. “Su descubrimiento fue un error, su error fue un nuevo mundo, el nuevo mundo fue su monumento. Su descubridor pudo haber sido su padre y resultó ser su saqueador.” Este Colón fue un retroceso a la Inquisición y al auto de fe, sujeto a las alucinaciones solamente excusables so pretexto de demencia.²⁷

Los detractores de Colón estaban encantados, insignificante banda, inclusive los un poco más numerosos partidarios de los reclamos a los descubrimientos previos. Sin embargo, por cada crítica favorable, Winsor recibió docenas de críticas hostiles que lo acusaban de asesinar brutalmente a una vaca sagrada. Esto fue finalmente la categoría que se le confirió a Colón cuatrocientos años después de su viaje. Colón llegó a simbolizar el nuevo mundo, en la imagen popular fue sinónimo de Estados Unidos. “Pintar al descubridor con los colores más oscuros, hoy día se considera como evidencia de erudición”, apuntó un crítico, pero esto era tan malo como las fantasías de Irving, y de lectura menos agradable. Otro se refirió a aquellos “modernos escritores incapaces de ingresar a la nueva tendencia de un tiempo tan remoto al suyo, quienes picotean y se quejan de detalles por los que Colón parece ofender su precioso concepto de propiedad”. Winsor fue reprendido por escribir su libro como una maestra de la escuela dominical de Nueva Inglaterra, “un monumento de penosa estupidez [...] absurdo, escrito por un tonto”.²⁸

²⁷ Winsor, *Christopher*, 1892, pp. 500, 504, 506-512.

²⁸ Fiske, *Unpublished*, 1909, pp. 112-116; “No-

Algunos historiadores salieron a la defensa de Colón. Él pudo haber iniciado su vida como un pirata y vagabundo del mar, pero también así empezaron los perros de mar ingleses y los vikin-gos. Sus cálculos pudieron haber sido totalmente equivocados, pero qué ha-zaña. A menudo la historia avanza merced a grandes errores de consecuencias imprevistas. Colón también pudo haber sido un secuestrador y traficante de esclavos, pero también lo fue el príncipe Enrique el Navegante, quien apoyó a su colega naval en Sagres mediante el comercio de esclavos. Colón quería oro, pero solamente para satisfacer la codicia de su soberano. Y si en alguna ocasión fue cruel, aquellos con autoridad con frecuencia lo fueron. Un ministro bautista condenó “el arte del menosprecio y del desprecio” y calificó a los hechos de Winsor como su juicio mismo. Otro lector se enardeció por “ese espíritu de investigación crítica que duda de todo, ese espíritu moderno que destruye todas las ilusiones y a todos los héroes”. No debió de haberse preocupado.²⁹

Para bien o para mal, los Winsor y los Adams tuvieron poco efecto en la conciencia pública. Colón sobrevivió como el centro de febriles celebraciones, símbolo del deseo de afrontar los riesgos y de atreverse a lo imposible. La última década del siglo XIX fue tan turbulenta como la de los siglos XVII y XVIII, y debajo de la superficie una sen-

sación de inquietud aquejaba aun a los más sensatos. Otros compartían sus pensamientos.

En 1892, por encima de cientos de Colones, cada uno ligeramente diferente, surgía el gigante que reafirmara los poderes del espíritu humano. La reafirmación se necesitaba enormemente, señaló un influyente editor, en un momento en que

un utilitarismo degradante que aprisionaba el alma plagaba la nación, cuando consumimos nuestros bosques en una generación y nos apuramos a destruir todo terreno de tierra virgen, convirtiéndolo en un desierto, mientras que nuestro grito “después de nosotros el diluvio” es naturalmente seguido por el triste quejido de un agresivo pesimismo.

La popular persona de Colón fue el antídoto.³⁰

Ese Colón citó a Eneas: “Apurémonos, camaradas. No es demasiado tarde para buscar otro mundo.” Y uno de los más exitosos poemas de la época, que visualizaba la bandera sobre la cúpula del Capitolio como la Última Thule, la de las luces que Colón divisaba desde su cubierta encapsuló este espíritu.

Detrás de él se encuentran las grandes Azores, atrás las puertas de Hércules. El buen piloto dijo, ahora debemos orar. Aquí las estrellas mismas se han ido. Hable almirante, ¿qué debo decir? Pues bien, diga, navegue, navegue, navegue.³¹

tes”, 1892, p. 74; “New York’s”, 1892, pp. 329, 337; “Christopher Columbus”, 1902, p. 671; Morgan, “Indians”, 1892.

²⁹ Talbot, “Character”, 1892, pp. 21-24; Seelye, *Delights*, 1892.

³⁰ “Editor’s easy”, 1892, pp. 796-797.

³¹ Wagner, *Miller*, 1929, pp. 200-205; Adams, “Columbus”, 1892, p. 23.



BIBLIOGRAFÍA

- "A Moor's curse on Spain", *United States Literary Gazette* 1, 1824.

- Abiel Holmes, *American Annals*, 2 vols., Cambridge, 1829.

- Adams, Charles Francis, "Columbus and the spanish discovery of America", *Proceedings of the Massachusetts Historical Society*, Cambridge, 1892.

- Adams, Herbert Baxter, "Columbus and his discovery", *Johns Hopkins University Studies in History and Political Science*, Baltimore, 1892.

- Aderman, Ralph M., *Critical essays on Washington Irving*, Boston, 1990.

- "America extends hospitalities to the world, a few gems", *Magazine of American History*, vol. xxviii, diciembre 1892, pp. 462-464.

Axelrad, Jacob, *Philip Freneau*, Austin,

Texas, 1967.

Bancroft, George, *History of the United States*, vol. I, Boston, 1834.

- Barbour, Philip (comp.), *Complete works of John Smith*, 3 vols., Chapel Hill, N.C., 1986.

- Barlow, Joel, *The vision of Columbus: a poem in nine books*, Hartford, Conn., 1787.

- Barnes, Homer F., *Charles Fenno Hoffman*, Nueva York, 1930.

- *Belief in early New England*, Nueva York, 1989.

- Belknap, Jeremy, *A discourse intended to commemorate the discovery of America by Christopher Columbus*, Boston, 1792.

———, *American biography*, 3 vols., Boston, 1798.

- Bercovitch, Sacvan (comp.), *The american puritan imagination: essays in reevaluation*, Nueva York, 1974.

- Bushman, Claudia, *America discovers Columbus*, Hanover, N.H., 1922.

- Butler, James D., "Portrait of Columbus", *Wisconsin Historical Society Collections*, vol. IX, 1880-1882.
- Columbian Quadracentennial*, Portland, 1892.
- Cooper, W. D., *The history of South America, containing the discoveries of Columbus*, Bennington, Vermont, 1793.
- Cotton, John, *God's promise to his plantations*, Boston, 1686.
- Curtis, William Elroy, *Christopher Columbus, his portraits and monuments*, Nueva York, 1893.
- Champlin, John Denison (comp.), *Orations, addresses and speeches by Chauncey M. Depeuw*, 7 vols., Nueva York, 1910.
- Cherry, Conard (comp.), *God's new Israel: religious interpretations of american destiny*, Englewood Cliffs, N. J., 1971.
- Chinard, Gilbert (comp.), *The correspondence of Jefferson and DuPont de Nemours*, Nueva York, 1979.
- "Christopher Columbus", *Saturday Review*, vol. LXXII, 12 diciembre 1902.
- Darling, C. W., "The queen of Castile", *Utica Morning Herald*, abril 20, 1892.
- Davidson, James West, *The logic of millennial thought: eighteenth century New England*, New Haven, Conn., 1977.
- De Lancey, Edmund, "Columbian celebration of 1792", *Magazine of American History*, vol. XXIX, enero 1893, pp. 117
- Dickey, John M., *Christopher Columbus and his monument, Columbia, being a concordance of choice tributes to the great genoese, his grand discovery and his greatness of mind and purpose*, Chicago, 1892.
- Douglas, George William, *The american book of days*, Nueva York, 1937.
- Dwight, Timothy, *Columbia, an ode set to music*, Hartford, Conn., 1784.
- , *The conquest of Canaan, a poem in eleven books*, Hartford, Conn., 1785.
- , *America or a poem on the settlement of the british colonies addressed to the friends of freedom and their country*, New Haven, 1789.
- "Editor's Easy Chair", *Harper's Monthly Magazine*, vol. LXXXV, octubre 1892.
- Edwards, Jonathan, *Some thoughts concerning the revival of religion in New England*, Boston, 1742; reimpresos en C. Goen (comp.), *The works of Jonathan Edwards*, vol. IV, New Haven, Conn., 1972.
- Everett, Alexander H., "Irving's life and voyages of Christopher Columbus", *North American Review*, vol. XXIX, enero 1829, pp. 102-104.
- Fiske, John, *Unpublished orations*, Boston, 1909.
- Fleming, E. McClung, "Symbols of the United States, from indian queen to Uncle Sam", en Ray B. Browne y otros (comps.), *Frontiers of american culture*, Purdue University Studies, West LaFayette, Indiana, 1968, pp. 122.
- Freneau, Philip, *The poems of Philip Freneau*, editado por Fred L. Pattee, 3 vols., Princeton, N.J., 1907.
- Friede, Juan, y Benjamin Keen, *Bartolome de Las Casas in history*, DeKalb, Ill., 1971.
- Gilpin, Henry, "Irving's voyages and discoveries of the companions of Columbus", *American Quarterly Review*, vol. IX, marzo 1831, pp. 163-186.
- Goodrich, Aaron, *A history of the character and achievements of the so-called Christopher Columbus*, D. A. Appleton & Co., Nueva York, 1874.
- Gordon, William, *The history of the rise, progress and establishment of the independence of the United States*, 3 vols., Nueva York, 1801.
- Hale, Edward Everett, "Symposium," *The Independent*, 2 junio 1892.
- , "The results of Columbus's discovery", *American Antiquarian Society Proceedings*, New Series, vol. VIII, 1892-1893, pp. 190-212.
- Hall, David, *Worlds of wonder, days of judgment: a popular religious belief in*

- early New England*, Nueva York, 1989.
- Hedges, William R., *Washington Irving, an american study 1802-1832*, Baltimore, 1965.
 - Hubbard, William, *General history of New England*, Boston, 1848.
 - Irving, Washington, *Life and voyages of Christopher Columbus*, 3 vols., Nueva York, 1848-1849.
 - Johnson, Edward, *Wonder working Providence of Sion's saviour*, Nueva York, 1910.
 - Jones, Howard Mumford, *A strange new world*, Nueva York, 1964.
 - Kauffman, Christopher J., *Faith and fraternalism: a history of the Knights of Columbus, 1882-1982*, Nueva York, 1982.
 - Ketcham, Ralph, *From colony to country: the revolution in american thought, 1750-1820*, Nueva York, 1974.
 - Kettell, Samuel, *Specimens of american poetry with critical and biographical notices*, 3 vols., Boston, 1829.
 - Lawson, Deodat, *A narrative of some remarkable passages relating to sundry persons afflicted by witchcraft*, Boston, 1692.
 - Lendrum, John, *Concise and impartial history of the american revolution*, Boston, 1795.
 - Levin, David, *History as romantic art*, Stanford, Calif., 1959.
 - Lewis, R. W. B., *The american Adam: innocence, tragedy, and tradition in the nineteenth century*, Chicago, 1955.
 - Lovejoy, David S., *Religious enthusiasm in the new world*, Cambridge, Mass., 1985.
 - Martin, Alexander, *America, a poem*, Filadelfia, 1769.
 - , *New scene interesting to the citizens of the United States of America, additional to the historical play of Columbus*, Filadelfia, 1798.
 - Mather, Cotton, *Midnight cry*, Boston, 1692.
 - , *Magnalia Christi americana*, Cambridge, Mass., 1977.
 - McFarland, Philip, *Séjourners*, Nueva York, 1979.
 - Morgan, Thomas, "Columbus and the Indians", *The Independent*, 2 junio 1892.
 - Morgan, Winifred, *An american icon: brother Johnathan and american identity*, Newark, Delaware, 1988.
 - Morton, Nathaniel, *New England memorial*, Boston, 1826.
 - "Notes" y "New York's great object lesson", *Magazine of American History*, vol. XXVIII, octubre 1892.
 - "Our national name, what does it mean?", *New Englander*, vol. XI, septiembre 1881, pp. 629-634.
 - Ponce de León, Nestor, *The Columbus Gallery*, Nueva York, 1893.
 - Porter, Edward G., "The ship Columbia and the discovery of Oregon", *New England Magazine*, junio 1892.
 - Prescott, William, *History of the conquest of Mexico*, Nueva York, 1845. [*Historia de la conquista de México*, México, Editorial Porrúa, 1985 (Sepan cuantos, 150).]
 - Ralph, James, *Zeuma, or the love of liberty*, Londres, 1729.
 - Ramsay, David, *Universal history americanized*, 9 vols., Filadelfia, 1819.
 - Robertson, William, *History of America*, Londres, 1834.
 - Rush, Benjamin, *Letters of Benjamin Rush*, edición de L. H. Butterfield, 2 vols., Princeton, 1951.
 - Rusticus, *Liberty*, s/l., s/a.
 - Sale, Kirkpatrick, *The conquest of Paradise: Christopher Columbus and the columbian legacy*, Nueva York, 1991.
 - Seelye, Elizabeth Eggleston, *Delights of history: the story of Columbus*, Nueva York, 1892.
 - Sewall, Samuel, *Phaenomena quaedam apocalyptica ad aspectum novi orbis configurata, or some few lines towards a description of the New Heaven*, Boston, 1697.
 - , *The diary of Samuel Sewall*, 2

vols., ed. M. Halsey Thomas, Nueva York, 1973.

-Sigourney, Lydia H., *Poems*, Filadelfia, 1834.

-Silverman, Kenneth, *A cultural history of the american revolution*, Nueva York, 1976.

———, *The life and times of cotton mather*, Nueva York, 1984.

-Stearns, Samuel, *The universal kalender, and the north american almanac for the year 1784*, by William Stygood, Nueva York, 1783.

-Stiles, Ezra, *The United States elevated*, New Haven, Conn., 1783.

-Strout, Cushing, *The american image of the old world*, Nueva York, 1963.

-Talbot, George F., "The character of Columbus", *Maine Historical Society Columbus Day*, 1892.

-"The Columbus wars," *Insight on the News*, 21 octubre de 1991.

-"The first jew in America", *Johns Hopkins University Studies in History and Political Science*, Baltimore, 1892.

-Todd, Charles Burr, *Life and letters of Joel Barlow*, Nueva York, 1886.

-Tucker, Louis L., *Clio's consort: Jeremy Belknap and the founding the Massachusetts Historical Society*, Boston, 1990.

-Tuveson, Ernst Lee, *Millentium and utopia: a study in the background of the*

idea of progress, Gloucester, Mass., 1972.

-Vining, Edward P., *An inglorious Columbus, or evidence that Hwu Shan and a party of buddhist monks from Afganistan discovered America in the fifth century*, Nueva York, 1881.

-Wagner, Harr, *Joaquin Miller*, San Francisco, 1929.

-Weinraub, Bernard, "It's Columbus against Columbus?", *New York Times*, 21 mayo de 1992.

-White, John, *The planters' plea*, Londres, 1630.

-Wilford, John N., *The mystertous history of Columbus*, Nueva York, 1991.

-Williams, Stanley T., *The spanish background of american literature*, 2 vols. [*La huella española en la literatura norteamericana*, 2 vols., Gredos, Madrid, 1957.]

-Wilson, Robert Anderson, *A new history of the conquest of Mexico*, Filadelfia, 1859.

-Winsor, Justin, *Christopher Columbus and how he received and imparted the spirit of discovery*, Boston, 1892.

-Zabriskie, George A., "Why we are called americans", *New York Historical Society Bulletin*, vols. 22-27, octubre 1943.

-Zunder, Theodore Albert, *The early days of Joel Barlow*, New Haven, Conn., 1934.